

RESEÑAS

Francisco Lizcano Fernández, *Desarrollo socioeconómico de América Central en la segunda mitad del siglo xx*, Toluca, Universidad Autónoma del Estado de México, 2000, 363 pp.

El libro *Desarrollo socioeconómico de América Central en la segunda mitad del siglo xx*, de Francisco Lizcano Fernández, consiste de un minucioso y detallado recorrido por la economía y la sociedad de los países del istmo.

En cuanto a economía, el análisis se detiene en factores de evolución y niveles de ingreso, crecimiento y modernización y características del sector externo; en cuanto a sociedad, en los de demografía, servicios y estructura sociales. A este vasto conjunto acompaña un impresionante anexo estadístico que cubre prácticamente todos los rubros relativos a estos dos importantes campos del análisis económico y social.

Desde el inicio de su estudio, Francisco Lizcano comprueba la disparidad entre las tendencias regionales del desarrollo y sus manifestaciones en el interior de cada país, y esto lo sumerge en el tema de la heterogeneidad socioeconómica tanto de América Central como de Iberoamérica en general.

La periodización que elige el doctor Lizcano no es casual. Los años de la posguerra son para Centroamérica tiempos de grandes cambios, algunos de los cuales se mantuvieron durante ese largo periodo de cuatro décadas, cuantimás en la etapa que él denomina de auge.

Hay un énfasis también, no podía ser de otro modo, en el tratamiento de los años de crisis que afectaron de manera inusitada a toda la zona, pero en particular a ciertas naciones y sectores

sociales dentro de cada una de ellas. La década de los ochenta ha constituido, sin ninguna duda, el periodo más difícil y traumático de la reciente historia centroamericana; se produjo entonces un exacerbado valor geoestratégico de la región, en una época que marcaba cambios también estratégicos en la evolución del capitalismo mundial y el nacimiento de lo que se empezó a caracterizar como globalización.

Lizcano Fernández considera que la región está compuesta por siete países, si bien reconoce que hay cinco que son centrales y que Panamá, y en especial Belice, sólo se han ido "centroamericanizando" recientemente. La geografía los ha unido; la historia, la economía y sobre todo las características sociopolíticas han producido posiblemente más diferenciación que semejanzas entre las naciones que el autor llama centrales y Panamá y Belice.

Lizcano excluye del examen lo geográfico, lo político y lo étnico-cultural, como fruto de una selección que él adjetiva como dolorosa, lo cual a su juicio no impide que el trabajo pueda ser juzgado como de tipo histórico. La visión panorámica conseguida y el aporte de los fríos apéndices estadísticos ofrecen, sin duda, síntesis y novedades que hacen atractiva la lectura de este texto.

El desarrollo socioeconómico ha sido dispar; los niveles obtenidos, distintos, es la conclusión que confirma la hipótesis del libro, y que refleja la pormenorizada y rigurosa metodología que trató de ceñir a los periodos estudiados. Estadísticas que ponen al descubierto también aspectos cualitativos, sobre todo en lo relativo al campo social.

El estudio se detiene en 1990, si bien para algunos de sus alcances estadísticos se prolonga hasta 1994. Las conclusiones son interesantes para tratar de caracterizar a la Centroamérica en el año del fin de la crisis, cuando el marco geopolítico que la distinguió cayó al mismo tiempo que el muro de Berlín y la victoria electoral de Violeta Barrios se interpretó como el fin de los imaginarios revolucionarios en la región. La "paz posible" se completaría con la firma de los acuerdos de Chapultepec entre el Frente Farabundo Martí de Liberación Nacional y el gobierno salvadoreño, en 1992, así como con la de los acuerdos entre el gobierno y la guerrilla guatemalteca, en 1996.

Las conclusiones de Francisco Lizcano vuelven a recalcar las diferencias nacionales y la heterogeneidad socioeconómica de los países del istmo. Sólo quiero subrayar algunas de ellas que, desde los noventa, pintan una región que se debate entre el desencanto y la esperanza.

Los aspectos demográficos, como el incremento de la población y la urbanización, el descenso de la mortalidad y el aumento de la natalidad, evolucionaron con independencia de la crisis; los amplios procesos migratorios fueron acentuados fundamentalmente en El Salvador, Guatemala y Nicaragua; los indicadores relativos a educación, vivienda y salud, tales como esperanza de vida al nacer, mortalidad infantil, habitantes por médico, acceso a seguridad social, tuvieron procesos claros de crecimiento en el periodo largo y serios retrocesos en el de crisis.

La gravedad en la situación de la estructura ocupacional se intensificó por la crisis, no obstante la modernización de la estructura social con expansión y el surgimiento de empresas que transformaron cualitativamente el mercado laboral. Francisco Lizcano señala que la modernización de la estructura social se correspondió con la de la economía pese a no existir también un correlato entre la heterogeneidad de las economías y las desigualdades en el interior de los países, en detrimento de los estratos sociales no específicamente modernos, como el rural, el sector informal urbano, el indígena, en menor proporción en Belice, Panamá y Costa Rica.

En esos tres países el poder adquisitivo y el producto por habitante mejoraron en el tiempo de auge, lo que no sucedió en las otras naciones estudiadas, en donde se produjo un descenso que, en uno de ellos, fue un dramático regreso a los cincuenta.

Hubo crecimiento en periodo largo, concluye Lizcano Fernández, sobre todo en época de auge, pero se da una baja general en la productividad en el tiempo de crisis, baja que es muy señalada en lo relativo al desarrollo industrial.

Esto va de la mano con un proceso de modernización del agro, aun en la etapa de crisis, mayormente en productos agropecuarios para la exportación, una diversificación en los mecanismos de generación de divisas, cambio profundo resultante de la nueva forma de inserción de Centroamérica en la economía mundial.

Francisco Lizcano distingue dos niveles de desarrollo social en el área analizada: por un lado Belice, Costa Rica y Panamá, con un descenso de crecimiento demográfico y menor proporción de pobres, así como mejores grados de educación, salud y vivienda en los dos últimos, y un auge particular del sector terciario en Panamá.

El libro finaliza destacando las relaciones entre desarrollo económico y régimen político, y entre éste último y los conflictos político-militares. Se refiere a casos específicos, como los problemas políticos que provocaron crisis económicas bajo condiciones externas favorables en la Guatemala de los cincuenta y la Nicaragua bajo la dictadura familiar de Somoza, o los que fueron agravados por la crisis en condiciones externas desfavorables, como Nicaragua y El Salvador en los ochenta.

Tal vez el interesante trabajo de Lizcano Fernández pueda ser ocasión para algo que sólo se insinúa al final de sus conclusiones, cuando afirma que existe una relación íntima negativa entre conflicto político-militar y desarrollo económico, pero no así entre este último y tipo de régimen político.

Sólo una insinuación, pues el trabajo de marras establece muy claramente sus límites y pretensiones. La democracia por sí sola no produce desarrollo, pero la manera pacífica de dirimir los conflictos sociales ha podido favorecer un desarrollo considerado en sentidos más amplios en los periodos de paz y de construcción democrática, pocos, pero significativos, que han marcado la difícil historia de los países centroamericanos.

RODRIGO PÁEZ MONTALBÁN

Universidad Nacional Autónoma de México

Pedro Bracamonte y Sosa, *La conquista inconclusa de Yucatán. Los mayas de la montaña, 1560-1680*, 1a. ed., México, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social/Universidad de Quintana Roo/Miguel Ángel Porrúa (Colección Peninsular), 2001.

El objetivo de esta obra es explicar el fenómeno de resistencia social entre los mayas yucatecos, siendo que el éxodo y la rebelión aparecen íntimamente vinculados con la negativa

a ser sometidos. Se atiende a las causas inmediatas que marcaban los ritmos de la huida y a sus orígenes seculares e ideológicos (p. 16). De esta manera, la relación entre las sublevaciones indígenas en contra del sistema colonialista y el poblamiento de la montaña se convierten en el hilo conductor de la argumentación.

Para llevar a cabo su cometido, Bracamonte y Sosa nos da noticia de la gran cantidad de documentos encontrados y consultados en los archivos General de Indias de Sevilla, España y el Archivo General de Centroamérica en Guatemala que, junto con otros acervos especializados, le permitieron recabar la información.

En atención al título de la obra, Bracamonte nos señala que la conquista de la Península de Yucatán quedó inconclusa al no haberse conseguido aquello que se pretendía; por lo menos, nos dice el autor, en tres aspectos fracasó esta conquista. En primer lugar, los tres siglos de periodo colonial no sirvieron o no bastaron para conseguir que la población que vivió el dominio directo de los españoles fuese totalmente sometida ni evangelizada. En segundo término, una vasta área del sur y del oriente de la península se convirtió en "región de emancipación", puesto que un gran número de población fugitiva se estableció en la región para vivir según los patrones de su propia cultura. Finalmente, en la región más meridional de la península, se encontraban varios grupos (itzaes, mopanes, lacandones, cehaches, chenes y canules, entre otros), que se mantuvieron independientes a pesar de la caída de Tah-Itzá en 1697, lo que no significó el sometimiento del grupo, sino la pérdida de la capital.

De los argumentos que utiliza el autor para sustentar su tesis de la conquista inconclusa es el segundo, el que se refiere a las regiones de emancipación, el que le sirve como elemento central para demostrar que la huida de los mayas hacia nuevos territorios alejados de la rectoría colonial son el fundamento de la construcción de una nueva región.

De esta forma se erige el andamiaje de la obra; fuga y rebelión son formas de resistencia activa que se enmarcan entre las muchas manifestaciones de rechazo a la colonización que presentó la población maya de Yucatán, en una actitud que nos explica lo inconcluso de la conquista (p. 20). De aquí en adelante, el trabajo de Pedro Bracamonte consistirá en desgranar la profusa información para, posteriormente, hilar finamente la trama argumentativa.

Es importante hacer notar que el término *región de emancipación* utilizado por Bracamonte difiere de lo que Gonzalo Aguirre Beltrán consideraba como región de refugio. Este último se refiere a las regiones que enmarcaron a los grupos étnicos o minoritarios que no se adaptan al proceso civilizatorio y que habitan alrededor de un centro de poder ladino, del que emanan relaciones de dominación y supeditación económica y política (Aguirre Beltrán, 1987). Mientras que para el primero la región de emancipación es considerada un ámbito donde los indígenas construyen, mediante la sublevación o la evasión, una sociedad libre apartada geográficamente y en oposición a sus dominadores, acudiendo para ello a las antiguas formas de organización social y a expresiones culturales de carácter tradicional. Se liberan del tutelaje y la dominación y recuperan o crean un territorio vital, cuyos bordes son identificables (p. 19).

En este sentido, la definición geopolítica del autor que alude a la noción de región de emancipación es correlativa al concepto de *la montaña*, utilizado durante la Colonia por los españoles para designar a la región de indios emancipados e insumisos, que huyeron para habitar lejos de la influencia política, social, económica y cultural de los enclaves coloniales.

Reflexión interesante es la que aborda el papel de las minorías subordinadas en la construcción de los estados modernos poscoloniales, para la cual el autor sigue los planteamientos de Florencia Mallon quien postula que: "...la formación del Estado moderno en América Latina fue producto de la actividad no sólo de las clases dominantes sino de la participación de los campesinos, los pequeños propietarios y otros grupos sociales y étnicos que lucharon por sus propias metas utilizando un discurso contrahegemónico." (p. 21).

El concepto clave de *economía moral* nos ayudará a comprender las relaciones de poder en donde, en algunos casos, la revuelta y fuga resultan del abierto enfrentamiento y la nula solución. En otras ocasiones, la tensión social se regula por la negociación entre grupos. En este sentido, la sociedad colonial peninsular se vio determinada en gran medida por el ejercicio político de los caciques o bataves y los principales o chuntanes que comprometieron espacios de autonomía política y cultural con los españoles.

De esta forma, nos dice Pedro Bracamonte, el pacto social en la península colonial se puede sintetizar en un intercambio que otorgaba a los españoles la posibilidad de obtener grandes excedentes económicos de las repúblicas indígenas y su adhesión al cristianismo a cambio de obtener importantes espacios de autonomía política y cultural (p. 25).

Bracamonte nos indica que con los casos expuestos en el libro intenta demostrar que la diferenciación étnica y cultural entre mayas y españoles era tajante y clara, pero lo suficientemente flexible por sus mutuas influencias e interacciones. Asimismo, pretende hacer explícito el *continuum* cultural y de organización social existente entre los mayas que habitaban en las dos áreas, la conquistada y la libre o montaña. Para acometer esta tarea nos propone el concepto de *frontera colonial*, el cual expresa la relación entre el dominio o jurisdicción sobre una población sometida y el espacio en el que se realiza esa sujeción, en contraste con lo ocurrido en el área habitada por la población libre (p. 28). Un resultado de esto es que la delimitación de la frontera quedaba sujeta a la dinámica de interacción entre estas dos áreas.

La elaboración de la noción de región de montaña no se hace desde el punto de vista geográfico, administrativo o jurisdiccional, sino desde el político, porque permite que sus habitantes se liberen del dominio español (en términos de la explotación económica, de la sujeción política y consiguiente segregación social), porque favoreció que se desarrollara una economía de subsistencia, frente a la compulsión para la producción mercantil registrada en la zona colonizada, posibilitando, a su vez, que existieran tratos comerciales entre ambas regiones. Sin embargo, para el autor, tanto la dimensión social como la ideológica son los aspectos que definen a la región, ya que es una creación humana e histórica resultado de múltiples prácticas sociales.

La región de la montaña se construye histórica y socialmente por la intención política de los indios pudzanes o fugitivos para resistir la colonización, recreando antiguas formas de vida y la constante actividad de los reductores: frailes, curas y encomenderos. La montaña es, por tanto, la región de tres actores sociales: los indios gentiles, los huidos o pudzanes y los reductores (p. 29).

Debemos hacer un alto para pensar acerca de lo que nos propone el autor en torno a la diferenciación entre los mayas colonizados y los de la montaña. Si bien nos propone el reconocimiento de una matriz cultural identitaria, de la cual procedían tanto los pudzanes o huidos como los que vivieron en las repúblicas de indios y que les acercaba en tanto procedentes de un pasado histórico compartido —como nos señala Richard Adams basándose en Max Weber—, también es cierto que existió un factor determinante que les diferenció, llevando a un segmento de la población a revelarse, huir a la montaña y reproducir sus formas de organización social y prácticas simbólico-culturales en espacios alejados de la égida española. El factor ideológico es lo que, en la propuesta del autor, crea la diferencia entre unos y otros mayas.

El examen detenido que hace Bracamonte acerca de la revaloración del pasado histórico, confrontándolo con el presente, lleva a los mayas pudzanes a crear la noción política de sí mismos, en tanto el grupo subalterno en la nueva condición colonial, impeliéndoles a la resistencia radical.

Se trata de una identidad política que obviamente descansaba en la propia identidad étnica compartida con los otros dos sectores mayas, cristianos y gentiles, pero que se divorciaba de ella en lo relativo a la manera de enfrentar el proceso colonizador español y en la forma como había que asumir el futuro. La raíz explicativa de la diferenciación entre mayas colonizados y los de la montaña es la ideología [p. 33].

Desde una perspectiva de la posmodernidad, Bracamonte nos muestra que ésta es una identidad interpretada a partir de su conciencia histórica. Pero, ¿qué elementos utilizan los pudzanes para reelaborar su noción grupal particular? El autor nos responde, siguiendo a Clifford Geertz, que: "la identidad socio-cultural de los mayas pudzanes se manifestaba en una prolija actividad política sustentada en una ideología fundada en 'imágenes esquemáticas del orden social'."

El modelo de sociedad que los mayas proyectaban para el futuro partía de los símbolos culturales reelaborados en "las profecías". En los indios de la montaña es muy claro el empleo de

símbolos cuyos significados tienden a establecer una identidad en oposición al proyecto de reducción impulsado por la colonización.

Bracamonte expone que grupos procedentes del centro de México aportaron en su invasión lo que Alfredo López Austin y Leonardo López Luján denominan ideología zuyuana, la cual se contraponía a la de los grupos tradicionales que pugnaban por mantener vivo "el fundamento étnico del poder" (López Austin y López Luján, 1999).

Estos autores nos comentan que: lo zuyuano es una forma de organización sociopolítica de diversas etnias en una región determinada, cuyo rasgo fundamental es el control ejercido por un órgano hegemónico complejo. Cada una de ellas tendría un lugar en el sistema, conservando su propio orden político interno o étnico tradicional (López Austin y López Luján, 1999, 40-41).

Entre los cambios que estos invasores lograron imponer en la península de Yucatán estuvo un orden militarista, la centralización del poder en unas cuantas capitales, el culto a la serpiente emplumada y una religión de "síntesis" en la que Hunab'Ku es el Dios unitario. Las migraciones zuyuanas dominaron Chichen Itzá y fundaron Mayapan y establecieron la llamada Liga de Mayapan, junto a los xiues de Uxmal y los itzaes de Chichen Itzá. Sin embargo, esta confederación fue desintegrada por conflictos internos que llevaron a los itzaes a emigrar al Petén, y ya en el siglo xv los comes destruyeron Mayapan fragmentándose el territorio.

Lo que resulta significativo de la obra que reseñamos es la forma del autor de conducirnos desde el examen de la ideología zuyuana, traída a la península desde el centro del país, hacia la conformación de los elementos de la ideología identitaria que asocia a los mayas que viven bajo la república de indios con esta ideología del altiplano central; mientras que el grupo mayance más apegado al fundamento étnico del poder es el que finalmente se revela y huye a la montaña.

De los aspectos más trascendentales del libro incluiremos los siguientes, a fin de que el lector interesado en estas temáticas lo revise:

1. El estudio de los mitos en las sociedades históricas, con escritura, nos acerca a un pensamiento autoconsciente que permite la elaboración simbólica del *ser social*, se une ésta

- a la concepción cíclica de la historia y se crea una noción ideológica del grupo que se contrapone en la negociación política con el grupo hegemónico al que se resiste.
2. La ideología nativa de los grupos que proclaman su rebeldía mediante la huida a la montaña y la recuperación de la tradición.
 3. La formación social organizada en torno a grupos de parentesco de linajes de línea paterna que se combinan con factores económicos y políticos creando grupos intermedios que conforman los asentamientos y grupos locales.

Finalmente, podríamos decir que éste es un trabajo importante para la reconstrucción etnohistórica del pasado indígena maya, que desde el peculiar punto de vista de la antropología política nos presenta una serie de argumentos apropiados para profundizar en el conocimiento de los mayas actuales. Así, el autor intenta:

demostrar que los indios pudzanes y rebeldes de la provincia de Yucatán crearon, a lo largo de la segunda mitad del siglo ^{xvi} y durante el siglo ^{xvii}, una región de emancipación en la que construyeron pueblos libres del colonialismo, en donde la identidad estuvo asociada a una ideología tradicionalista que se manifestó claramente en tres aspectos: la utilización de marcadores externos de identidad, la recuperación y expresión abierta de formas antiguas de organización social y la opción por la resistencia radical expresada en la negativa a tener tratos con los españoles [pp. 52-53].

BIBLIOGRAFÍA

- Adams, Richard
1995 *Etnias en evolución social*, México, Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa.
- Aguirre Beltrán, Gonzalo
1987 *Regiones de refugio. El desarrollo de la comunidad y el proceso dominical en mestizo América*, México, Instituto Nacional Indigenista.

- Di Simplicio, Oscar
 1989 *Las revueltas campesinas en Europa*, Barcelona, Crítica.
- Geertz, Clifford
 1989 *La interpretación de las culturas*, España, Gedisa.
- López Austin, Alfredo y Leonardo López Luján
 1996 *El pasado indígena*, México, Fondo de Cultura Económica.
 1999 *Mito y realidad de Zuyua*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Mallon, Florencia
 1995 *Peasant and Nation. The Making of Postcolonial Mexico and Peru*, University of California Press.
- Thompson, E.P.
 1971 "The Moral Economy of the English Crowd in the Eighteenth Century", *Past and Present*, núm. 50.
 1979 "La 'economía moral' de la multitud en la Inglaterra del siglo XVIII", en *Tradición, revuelta y conciencia de clase. Estudios sobre la crisis de la sociedad preindustrial*, Barcelona, Crítica.
 1993 "The Moral Economy Reviewed", en *Customs in Common: Studies in Traditional Popular Culture*, Nueva York, The New Press.
- Weber, Max
 1993 *Economía y sociedad*, México, Fondo de Cultura Económica.

ALFONSO MUÑOZ
Universidad de Quintana Roo

Gabriel Macías Zapata, *La península fracturada. Conformación marítima, social y forestal del Territorio Federal de Quintana Roo, 1884-1902*, México, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social/Universidad de Quintana Roo/Miguel Ángel Porrúa (Colección Peninsular, Serie Estudios), 2002.

Cuando parecía que la historia regional se quedaba a la zaga en sus contribuciones a la historiografía nacional, Gabriel Macías publica esta obra que constituye una importante aportación al respecto. De entrada, habría que destacar que se trata de una explicación regional en el sentido amplio, que atiende a la formación histórica y a los elementos esenciales que determinaron el desarrollo desigual de la península yucateca, su dispar —cuando

existía— interacción con el resto del país y su estrecha vinculación como región en sí misma y con el exterior. La mirada escindida del autor, hacia el occidente y hacia el oriente, no produce una imagen fragmentada; por el contrario, el resultado es una concepción integral, compleja, de esa región *fracturada* que nos permite entender la formación del territorio de Quintana Roo.

Además, y resulta de singular relevancia, hay que subrayar que es una visión que desbarata algunas de las ideas más comunes en relación con la península en la segunda mitad del siglo XIX, a la cual se le asocia con la producción del henequén o se concibe únicamente como el escenario de la Guerra de Castas. Ambos hechos están incluidos. Henequén y Guerra de Castas, en cierta forma, abren y cierran el trabajo. Macías parte del análisis del ciclo henequero y muestra que sus repercusiones en los diversos ámbitos de la vida peninsular occidental no rebasaron, por cierto, los campos de cultivo de la planta ni el ámbito de los centros comerciales de exportación de la fibra. Es decir, que la costa oriental de Yucatán se mantuvo al margen de la influencia de la expansión de la economía henequera. Sin embargo, esa incursión en la producción del henequén le sirve no sólo para entender a la región en su totalidad sino, también, para identificar determinadas características que se constituyeron en modelos a seguir en el lado oriental, consecuencia del desarrollo histórico más vinculado al exterior, de la situación geográfica y de la posición estratégica de la península, de la dificultad de las comunicaciones o de la ausencia de vías terrestres que facilitaran los traslados, de la preeminencia del puerto de Progreso, etcétera, referentes comunes que hablan de *una región*. La Guerra de Castas está en el trasfondo del empeño gubernamental por intervenir en los flujos comerciales de la frontera con Belice, tema del último capítulo. Lo que es, en suma, la campaña final contra los mayas, en el plano militar y mediante la intervención administrativa.

Están presentes, aunque sea de una manera difusa, dos variables fundamentales. De carácter interno una, la que hace referencia al contexto político de pugnas locales y de competencia entre el poder central y el regional; e internacional, la otra, que apunta al factor estratégico de la península y a las ambiciones e intereses

foráneos por la región, ambas con una estrecha repercusión en lo geopolítico, puesto que denotan la no consolidación del control estatal en la zona.

Anunciado como un estudio que abarcaría de 1884 a 1902, el tema obliga al autor a rebasar innumerables veces ese corte temporal y a darle más énfasis a los distintos elementos que forman su objeto de estudio, a fin de darles un espacio más adecuado para su comprensión. Lo acompaña de una serie de mapas que ubican al lector en la región descrita. Siguiendo el hilo conductor en torno a la administración aduanal, elegido como el eje articulador de las diversas variables que permiten la interpretación integral del complejo proceso de formación del territorio federal, el primer capítulo analiza la producción y exportación del henequén y sus implicaciones en la formación regional de la administración aduanal peninsular. El papel de las compañías forestales se estudia en el segundo. A continuación se revisan los esfuerzos de Isla Mujeres y de Cozumel por vincularse al mercado mundial y al comercio de cabotaje. En el último capítulo se alude a los mayas orientales y a sus actividades y, simultáneamente, a los diversos intentos del gobierno federal por dominar la región.

Paralelamente, a lo largo del texto se muestran las estrategias del Estado para ejercer el control en ese territorio. Aunque toda la extensión oriental escapaba a la jurisdicción del Estado nacional y del yucateco, el autor distingue en esa gran área dos regiones que siguieron una dinámica propia, de economía exportadora también, pero con características diferentes. En el norte, los empresarios controlaban, con el apoyo del gobierno, el acceso a los recursos, mientras que en el sur lo hacían los jefes mayas. En la primera de esas regiones el gobierno intentaba, a través de los empresarios, consolidar su presencia. En la segunda, los mayas fortalecían su autonomía.

En el norte, donde se localizaban las compañías El Cuyo y Anexas y Colonizadora de la Costa Oriental de Yucatán, se extraía palo de tinte y chicle. Enfrente, Isla Mujeres y Cozumel se dedicaban a la exportación de productos marinos y de frutas, respectivamente, aunque su importancia fundamental, sobre todo de la segunda, estribaba en su posición estratégica.

Al sur de la llamada *frontera de la civilización*, en el límite de las compañías explotadoras de maderas, se encontraban los mayas rebeldes, cuyo territorio —desde el paraje denominado La Maroma hasta el Río Hondo— correspondería a la segunda de las regiones identificadas, que también se dedicaba a la exportación de palo de tinte, pero extraído acá por los ingleses mediante un procedimiento de rentas y de intercambio de armas y de otras mercancías con los indígenas.

En el norte se crearon las condiciones administrativas que permitirían el enlace con las líneas comerciales de la región, fundamentalmente las que hacían el circuito Centroamérica-Estados Unidos, en tiempos en que la marina mercante era insuficiente para distribuir sus productos y para vigilar el comercio legal y el contrabando. En el sur, el gobierno central creó esas condiciones administrativas dirigidas a ejercer el control sobre el territorio. Con fines económicos o con fines políticos, el establecimiento de las aduanas jugó un papel esencial en la creación posterior del territorio. De ahí la importancia de indagar sobre las jurisdicciones aduanales, puesto que “se delimitaban en razón del espacio de influencia comprendido por las zonas explotadas y los puertos de exportación de los productos y de la importación de las mercancías necesarias para el proceso productivo forestal” (p. 310). Es decir, por un lado se trataba de favorecer las operaciones comerciales y, por otro, que el sistema aduanal fuese eficiente para la vigilancia, “lo que —sostiene Macías— podría traducirse en el mejor ejercicio de la soberanía sobre la región”. Las aduanas y sus jurisdicciones, subraya el autor, fueron la base para la configuración del territorio federal de Quintana Roo.

Como es evidente, el texto ofrece múltiples referencias y orientaciones para entender la estructura y formación del espacio regional oriental de esa península. Su análisis atraviesa diferentes planos: el de la relación de los puntos ubicados en los litorales con el interior, el de los vínculos de éstos con el exterior y con los circuitos comerciales, tanto como los contextos político y económico. Pero, sin duda, privilegia la mirada equilibrada entre mar y tierra, a partir del concepto de *interfase* o “transición espacial entre dos esferas del medio ambiente, la tierra y el mar” (p. 22), que enlaza los procesos marítimos con los terrestres. Esa mirada o

miradas, desde el territorio de la península o desde las islas y desde el mar, ofrecen mayores elementos de análisis y su confluencia permite al autor afirmar que sus hipótesis son comprobables. El establecimiento de las aduanas marítimas en sitios estratégicos fue un indicio de que, al controlar un determinado lugar, se podía dominar una amplia zona productiva del interior. Y, al vigilar las rutas marítimas, las aduanas consolidaron la captación fiscal y afianzaron la presencia regional del Estado-nación mexicano.

En el aspecto político, son examinados tres elementos importantes en la formación del territorio federal: la participación de las islas, la de las compañías y la presencia de los mayas rebeldes. Las primeras, como puertos estratégicos para la navegación comercial del litoral oriental, constituyeron la sede de las primeras demarcaciones administrativas fiscales, que se convirtieron en la base para la jurisdicción del territorio federal. En cuanto al papel de las compañías forestales, los contratos de deslinde de terrenos baldíos y las concesiones para la explotación de los bosques dieron lugar a la formación de unidades productivas, por lo que la administración fiscal tuvo que adaptarse a las necesidades de los flujos comerciales de esas unidades. Así, en la medida en que se privilegió la explotación forestal, disminuyeron las posibilidades de desarrollo de la colonización. La lucha de los mayas es considerada como un factor importante que contribuyó a la creación de la entidad federal. La región a merced del movimiento rebelde se organizó como una economía forestal y de intercambio, misma que fue combatida por el gobierno federal utilizando distintos métodos, entre los que sobresale el otorgamiento de una concesión forestal a Manuel Sierra Méndez, quien influyó en el establecimiento de la aduana marítima y fronteriza en la desembocadura del Río Hondo.

Escrito a partir de los expedientes de las aduanas, el trabajo contiene una gran cantidad de información que es detallada a lo largo de sus secciones. Alcanza y sobra para dejar varios temas enunciados. Entre ellos quisiera señalar el del papel de los empresarios/colonizadores-estrategas/hombres de frontera, que apenas se deja entrever en esta ocasión. Se dice muy poco acerca de su origen, de los nexos que tejieron para obtener las concesiones, de las actividades reales que los ocuparon, del sustento de su

poder, etcétera. Felipe Ibarra Ortoll y, especialmente, Manuel Sierra Méndez, por su predominio en Cozumel y en la concesión sureña en tierra firme, merecen un estudio particular. Pero que este asunto quede apenas mencionado, o que otros sólo sean sugeridos no es una debilidad del libro; habla más bien de la riqueza del tema tanto como de la necesidad de seguir explorándolo y de la oportunidad que ofrecen las fuentes para realizar esta tarea.

En la contraparte, me gustaría llamar la atención a una más de las contribuciones de este estudio. Al escudriñar el ciclo forestal de la costa oriental y sus repercusiones socioeconómicas y regionales, el autor ofrece elementos que permiten un conocimiento más cabal de la región caribeña. Es, de alguna manera, como él mismo lo llama, la aportación del Caribe mexicano a la región, que incide en los circuitos comerciales y en las formas de explotación.

Conforme se avanza en la lectura, el lector siente como si la realidad descrita por José Eustasio Rivera en su novela *La vorágine*, en una mezcla con el *México bárbaro* de J. K. Turner, recuperara su vigencia, cobrara vida, poniendo de manifiesto el mecanismo perverso para asegurar la mano de obra necesaria para la explotación de los productos primarios de la región, ya fuera el henequén, el palo de tinte o el chicle. Una realidad que muestra esas economías deformadas, sin previsión para la generación de alimentos, basadas "en las fantásticas utilidades de lo porvenir" (p. 69), así como la existencia de estados pragmáticos que, en su afán de ejercer su soberanía y control, otorgaban concesiones a individuos que actuaban de acuerdo con sus propios intereses y cuya meta primordial era el lucro, que eran defraudadores, e incluso contrabandistas, y que ponían en evidencia el mayor éxito de los indígenas mayas en sus tratos con los ingleses.

En sus páginas, están reflejadas la desesperanza frente a las condiciones de vida y trabajo; el escenario inhóspito pero de inmensa belleza, punto de reunión de criminales, desertores, prisioneros de guerra, yaquis y opositores al régimen de Díaz (p. 103); o la presencia de colonos puertorriqueños, negros y coreanos; trabajadores en busca de salarios, enfrentados todos a condiciones climáticas desfavorables o incomunicados muchas veces por el mal tiempo. Están también las poblaciones fantasmas

—marcadas por los campamentos abandonados—, trashumantes, pero forzadas a permanecer sujetas a la relación laboral establecida que, al finalizar la temporada y liquidar su cuenta, quedaban “vendidas” a sus capataces y patronos.

El libro, en conjunto, es la narración del deslinde y apropiación de un territorio por representantes de intereses particulares y del control final por parte del Estado de ese espacio que contenía lo que sus habitantes mayas habían llamado *Sian Ka'an*, el origen del cielo. Queda al lector transitar por una obra que trata de un territorio saqueado al que, según anunciaba el *Chilam Balam*, vendría el señor Justiciero a pedir cuentas.

LAURA MUÑOZ
Instituto Mora/AMEC

Carlos Ruiz Abreu, *Tabasco en la época de los borbones. Comercio y mercados, 1777-1811*, Universidad Juárez Autónoma de Tabasco, 2001.

El libro constituye una aportación valiosa a la historiografía regional mexicana, en la cual llena un vacío, al desarrollar un tema novedoso con base en fuentes primarias no exploradas. A través de una revisión documental muy amplia, que se extendió por muchos años, se analizan los efectos de las reformas borbónicas, en materia comercial y administrativa, en la producción, el mercado y la circulación comercial en Tabasco, durante tres décadas.

En el texto se comprueba convincentemente la hipótesis central de que las reformas aceleraron el crecimiento económico y comercial de la región, ligado principalmente a un producto: el cacao; pero que no fueron causa única del mismo, ya que su inicio las precede. En este sentido, el trabajo se ubica en una corriente de la historiografía económica que tiene sus vertientes española y americana y que se propone estudiar los efectos de la política reformista de los borbones en las distintas regiones del imperio español, abandonando las revisiones *macro* y concentrándose en ámbitos más reducidos, pero susceptibles de un examen cuantitativo y cualitativo más detallado y rico.

Para ello el “descubrimiento” de la serie completa de los libros reales de alcabalas de la provincia de Tabasco para los años 1777 a 1811, núcleo de la documentación primaria incorporada al trabajo, reviste gran importancia. Esta fuente y un conjunto de documentos complementarios permiten al autor catalogar a la entidad administrativa de Tabasco como región, desde el punto de vista geográfico y económico (en los ámbitos de la producción, el comercio y la fiscalidad) sin olvidar el elemento humano de este crecimiento paulatino, que se dio a lo largo del siglo XVIII y conoció condiciones especialmente favorables bajo las reformas.

El primero de los cinco capítulos del libro está dedicado a la caracterización del espacio físico, de la relación entre el paisaje y los habitantes; se distinguen diferentes subregiones y se analiza la evolución de la población desde tiempos prehispánicos. En el segundo se abordan los efectos de las reformas en la zona y se plantea la pregunta de si éstas contribuyeron a la conformación de una hegemonía económica y comercial en el sur-sureste de la Nueva España. Se sostiene que, sobre todo, la creación de las intendencias provocó mayor independencia de las nuevas entidades administrativas con respecto a la península, pero también en relación con el centro del virreinato. A pesar del título que lleva el capítulo tres, *Mercado y práctica comercial*, éste se ocupa más bien del ámbito de la producción, en particular del cacao, de la ganadería y de la explotación del palo de tinte, que era la tercera actividad económica más importante en la región. El cuarto capítulo contiene una excelente descripción de la estructura y el funcionamiento del sistema fiscal local durante la segunda mitad del siglo XVIII. Se parte de los cambios introducidos por el primer conde de Revillagigedo en los años cincuenta, que dieron inicio a un ir y venir entre la gestión del ramo de las alcabalas por cuenta de particulares y por administración, reproduciéndose en el caso de Tabasco un fenómeno común a los ramos hacendísticos centrales y locales de la Nueva España, que tenía su origen en la política de reformas y estaba encaminada a hacer más eficiente y provechoso para la real Hacienda el cobro de ciertos impuestos. Queda patente en el trabajo la intensificación en el cobro de alcabalas mediante la creación de una compleja red de receptorías locales. En el capítulo cinco destaca el tema de las comunicaciones de

Villahermosa y otros puertos locales hacia el interior, especialmente Guatemala, Chiapas y Oaxaca y con diferentes puntos del Golfo de México, como Campeche, Veracruz, Nueva Orleans y La Habana.

Los crecientes ingresos provenientes del comercio interno y externo dieron un aire de prosperidad a la provincia, concluye el autor en la parte final de su amplia y bien documentada investigación; pero al mismo tiempo, el aumento de las cargas impositivas provocó descontento y "estrangulamiento" de las percepciones y niveles de vida entre amplios sectores de la población. Sin embargo, sostiene Ruiz Abreu, la estructura social tabasqueña de fines del periodo colonial no conocía diferencias tan marcadas como la de otras regiones de la Nueva España. Existía cierto acercamiento entre los grupos sociales, por su exposición a frecuentes y muy adversos fenómenos naturales, como inundaciones, plagas y epidemias, que por igual destruían cosechas y provocaban mortandad entre pobres y ricos. A su vez, se dio cierta movilidad social, gracias a la creciente producción y comercialización del cacao, principal producto de la región, ya que se trata de un cultivo susceptible de realizarse en propiedades pequeñas, sin grandes inversiones.

Como en toda investigación de largo aliento, cuyo primer fruto es el libro que se comenta, se obtienen logros importantes, pero también quedan algunos puntos sin resolver, los cuales suscitan dudas y nuevas discusiones. Aunque se menciona un cierto número de fuentes bibliográficas y ocasionalmente se apoya la argumentación en ellas, me hubiera gustado que el autor ubicara su obra con mayor precisión en relación con la historiografía existente sobre temas de carácter general, que se debaten en el texto, como el pensamiento económico español del XVIII; las reformas y su aplicación en la Nueva España; las corporaciones mercantiles que surgieron a finales del siglo, como el consulado de Veracruz, cuya creación tuvo consecuencias directas en la región estudiada; el desarrollo de las regiones en la Nueva España, entre otros. Uno de los puntos que me parece importante repensar en un futuro es la insuficiente separación de niveles de análisis que se puede observar en varias secciones del libro. Asuntos como producción, mercado y comercio se mezclan en los capítulos tres y cinco, de

manera que el lector obtiene información dispersa y no del todo bien sistematizada de estos ámbitos de la economía local. Muchos son, por otra parte, los aciertos de la investigación: la exploración y el examen cuantitativo y cualitativo de amplias fuentes de primera mano, cuya presentación en forma gráfica por medio de anexos, cuadros y figuras, hace el texto especialmente atractivo; la riqueza del estudio de caso para una época bien conocida en lo general, pero insuficientemente explorada en los planos regional y local, a pesar de los importantes avances que se han logrado en las últimas décadas y, finalmente, el novedoso enfoque de concebir a Tabasco, con su red de ríos y puertos fluviales, como puente entre regiones del interior del continente y diversos puertos del Golfo de México y del Caribe.

JOHANNA VON GRAFENSTEIN
Instituto Mora